

New York Times
Bestselling Author
CONTEMPORÁNEA

Sandra Brown

Resplendor secreto

Tras la muerte de su hijo Joey, Arden sentía un terrible vacío; pero tiempo atrás había dado a luz a otro bebé, un niño al que había renunciado nada más nacer en un intento desesperado por escapar de un infierno emocional.

Arden estaba convencida de que el hijo al que nunca conoció podía aliviar el dolor por la muerte de Joey; sin embargo, sabía que encontrarlo podría resucitar las medias verdades, las terribles mentiras y los secretos relacionados con su nacimiento. Porque significaría encontrar también al hombre que lo engendró...



Capítulo 1

«Otra vez está aquí», pensó Drew McCasslin mientras golpeaba la pelota con su raqueta; era la tercera vez aquella semana que ella estaba sentada en la misma mesa, la más cercana al antepecho que daba a las pistas de tenis. La sombrilla de colores vivos ocultaba parcialmente su rostro.

No estaba allí cuando Gary y él empezaron a jugar, pero Drew supo el momento exacto en que pisó la terraza, una extensión de la cafetería al aire libre del club; incluso había fallado un golpe al permitir que su atención se desviara hacia los gráciles movimientos de la mujer mientras ella se alisaba la falda bajo las caderas y los muslos antes de sentarse.

–Cada día mejor –dijo Gary cuando ambos se acercaron a la red para recuperar el aliento, beber un poco de agua y secarse los ríos de sudor que unas muñequeras saturadas no podían absorber.

–No lo suficiente –contestó Drew antes de tomar un gran trago del refresco de limón.

Por encima de la botella, dirigió la mirada hacia la mujer sentada en la terraza. Desde el primer día que la había visto allí, había despertado su curiosidad.

Estaba inclinada sobre la mesa, dando golpecitos con un lápiz en un bloc de papel en un gesto que ya asociaba con ella. ¿Qué era lo que siempre estaba escribiendo?

Drew bajó la botella lentamente, y sus ojos azules se entornaron con sospecha; ¿sería otra condenada periodista? Dios, esperaba que no, aunque no sería extraño que

alguna revista sensacionalista enviara un cebo así para atraparlo en una entrevista.

–Drew, ¿me has oído?

–¿Qué? –volvió la mirada hacia su adversario en la cancha; por una vez, se trataba de un contrincante amistoso–. Lo siento, ¿qué decías?

–Que tu resistencia ha mejorado desde la semana pasada; estás haciendo que corra de un lado a otro de la pista, y tú ni siquiera te has quedado sin aliento.

Las comisuras de los ojos de Drew se arrugaron cuando sonrió, y las pequeñas líneas blancas en su bronceado rostro se oscurecieron. Era una sonrisa semejante a las de los días antes de que aprendiera la definición de lo que era una tragedia.

–Eres bueno, pero no eres Gerulaitis, Borg, McEnroe o Tanner. No te lo tomes a mal, pero tengo que ser mucho mejor que tú antes de volver a estar listo para jugar con los grandes; y aún me falta un largo camino por recorrer para eso.

La amplia sonrisa que tiempo atrás había sido famosa volvió a aparecer bajo el sol de Hawai.

–Gracias –dijo Gary con tono seco–; espero ansioso el día en que tenga que ir arrastrándome por la cancha mientras a ti aún te quede la energía suficiente para saltar la red al acabar el partido.

Drew le dio una palmada en el hombro, y bromeó:

–¡Así me gusta!

Tomó su raqueta, volteándola con una soltura distraída resultado de años de considerarla una extensión de su mano, y un grupo de espectadoras prorrumpió en un caloroso y entusiasmado aplauso. Estaban apiñadas al otro lado de la valla que rodeaba las pistas, y su entusiasmo se acrecentó cuando Drew se dirigió hacia la línea de fondo.

–Tus seguidoras parecen muy animadas hoy –dijo Gary con cierta inflexión burlona en la voz.

–Condenadas fanáticas –gruñó Drew.

Se volvió y miró con enojo a las mujeres que se aferraban a la valla como animales hambrientos a la hora de la comida... y él era el festín. Les dirigió una mirada llena de enfado, con el ceño fruncido, pero en vez de aplacarlas, el gesto pareció enardecerlas aún más; le lanzaron palabras escandalosas, y coquetearon de forma desvergonzada. Una de ellas, que vestía un diminuto top, apartó la parte lateral de la prenda para exhibir un generoso pecho con su nombre tatuado en él, decorado con flores, corazones y tórtolos. Otra llevaba un pañuelo atado en la parte superior del muslo, igual que los que él llevaba en la frente cuando jugaba, con la marca de sus patrocinadores. Drew apartó la vista con repulsión.

Se obligó a concentrarse en la pelota mientras la botaba sin prisa y planeaba su estrategia; pensaba servir con potencia hacia la esquina de la zona de saque, con efecto hacia la izquierda, el punto débil de revés de Gary. Una de las «admiradoras» de Drew gritó una invitación lasciva, y él apretó los dientes. ¿Acaso no sabían que lo último que quería en ese momento era una mujer? Dios, Ellie había muerto hacía sólo...

«Maldita sea, McCasslin, no pienses en Ellie», se dijo. No podía pensar en ella mientras intentaba jugar, o iba a perder el control...

—¿El señor McCasslin?

—Al habla —había contestado a la llamada telefónica con voz alegre; era un día soleado en el paraíso, cuando lo último que un hombre esperaría era que su mujer falleciera en la maraña de metal y cristal de un accidente de tráfico.

—¿Está solo?

Drew había apartado el auricular de su oreja y lo había mirado con una diversión perpleja; entonces se rió.

–Sí, estoy solo con mi hijo. ¿Se trata de una llamada obscena? –lo dijo como una broma, sin saber lo obscena que realmente llegaría a ser.

–Señor McCasslin, soy el teniente Scott, de la policía de Honolulu. Ha ocurrido un accidente.

No recordaba mucho después de aquello...

Drew tomó la pelota y la lanzó varias veces al aire, como si estuviera comprobando su peso; de hecho, estaba intentando aclarar su mente, borrarla de recuerdos que hacían que se le retorcieran las entrañas. Sus ojos volaron hasta la mujer sentada en la terraza del bar; su mejilla descansaba en una mano, mientras miraba al vacío con expresión ausente. Parecía ajena a todo lo que la rodeaba; ¿es que no sentía el alboroto de las mujeres en la valla?, ¿no sentía un poco de curiosidad hacia él?

Al parecer, no, ya que ni siquiera había echado un vistazo a la cancha. Sorprendentemente, su indiferencia le molestó, aunque aquella reacción fuera del todo irracional, ya que en el año que había transcurrido desde la muerte de Ellie sólo había querido que lo dejaran solo.

–¡Oye, Drew! –Exclamó una de las admiradoras desde la valla–, ¡cuando acabes de jugar con tus bolas, puedes entretenerte con algo mío!

El doble sentido era tan descarado y tan grosero, que Drew sintió que le hervía la sangre, y cuando sirvió, la pelota rasgó el aire a una velocidad de vértigo; siguió jugando de aquella forma agresiva durante el resto de aquella manga, y cuando acabó, sólo había cedido dos puntos. Gary se puso una toalla alrededor del cuello y jadeó:

–Si hubiera sabido que todo lo que necesitabas para jugar a nivel de campeonato era una sugerencia lasciva de una de tus seguidoras, las habría contratado por horas hace semanas.

Drew ya había recogido su bolsa de deporte, había metido la raqueta en su funda, y se dirigía hacia las escaleras que llevaban a la terraza.

–Estoy seguro de que la mayoría podrían contratarse por horas.

–No seas tan duro con ellas, son tus admiradoras.

–Preferiría tener más admiradores que fueran cronistas o comentaristas deportivos; no tengo ningún seguidor en ese ámbito. Lo único que dicen es que soy un fracasado, que estoy acabado y que siempre estoy borracho.

–Siempre *estabas* borracho.

Drew se detuvo en el escalón por encima de Gary y se volvió hacia él con enfado, para mirarlo de frente; el rostro de su amigo era sincero y condenadamente honesto. Además, sus palabras eran ciertas. La ira de Drew se desvaneció ante aquella clara muestra de amistad.

–Sí, es cierto, ¿verdad? –preguntó con un suspiro avergonzado.

–Pero eso ha quedado atrás: hoy has sido el Drew de antes, con unos servicios demoledores. ¡Cada vez que uno relampagueaba cerca, mi vida pasaba ante mis ojos!

Drew rió, y Gary continuó diciendo:

–Movimientos bien pensados, y una estrategia para sacar partido de mi punto débil, los golpes de izquierda.

La expresiva boca de Drew se curvó en una gran sonrisa.

–Creía que no te habías dado cuenta –dijo.

–Venga ya.

Subieron riendo los últimos escalones hasta llegar a la terraza, y Drew se dio cuenta de inmediato de que ella seguía allí, con un montón de papeles esparcidos en la mesa y una botella de agua en la mano derecha, escribiendo enérgicamente en un bloc de notas amarillo. Iba a pasar junto a su mesa, ya que estaba de camino a los vestuarios, y evitar pasar por su lado sólo serviría para llamar la atención.

Ella levantó la cabeza cuando estaban a punto de pasar junto a ella; fue un acto reflejo, como si hubieran interrumpido sus pensamientos y la mujer estuviera mirando involuntariamente para descubrir qué la había molestado. Pero lo miró directamente a él, de lleno a los ojos, y el impacto de su mirada hizo que se centrara completamente en ella y que dejara de oír lo que iba diciendo Gary.

Aunque la mirada de la mujer volvió a descender de inmediato hacia los papeles, Drew había podido darse cuenta de que sus ojos eran de un increíble tono verde, y de que estaban rodeados por unas pestañas oscuras y densas.

En ese momento, tomó la decisión: si aún seguía allí cuando él saliera de los vestidores, hablaría con ella; si no estaba... bueno, no habría perdido nada; no estaba realmente interesado en conocer a ninguna mujer, pero aquélla lo intrigaba. Para ser honesto, debía admitir que la razón principal que le llamaba la atención era que, aparentemente, ella no mostraba curiosidad alguna hacia él.

Lo dejaría en manos del azar; si seguía allí cuando saliera de los vestuarios, la saludaría al menos. No había nada malo en ello.

«Ah, y otra cosa», se dijo, «no tardes demasiado en ducharte».

El corazón de Arden le martilleaba en el pecho.

Hacía ya cinco minutos desde que él había pasado tan cerca que podría haberlo tocado, desde que había visto su rostro con tanta proximidad y en carne y hueso por primera vez, y su corazón aún no se había calmado. Se secó las manos en la servilleta húmeda que tenía apretada en el puño, y los cubitos de su agua con lima golpetearon contra el vaso cuando tomó un trago.

Él la había mirado directamente, sus ojos se habían encontrado. Había sido un contacto breve, no más de un se-

gundo. Y, sin embargo, al ver por primera vez a Drew McCasslin, consciente del lazo que los unía, había sentido como si la golpeará un rayo. Eran perfectos desconocidos, y sin embargo guardaban un secreto que compartirían por el resto de sus vidas.

Bajó la mirada hacia la pista, donde él acababa de jugar de forma magistral; varios meses atrás, ella sabía muy poco sobre tenis, en especial sobre el tenis profesional, pero en ese momento sus conocimientos sobre el tema la convertían en casi una experta. Y su especialidad era la carrera deportiva de Drew McCasslin.

Cuatro mujeres entraron en la cancha, ridículas con ropa deportiva de diseño y llamativas joyas de oro y diamantes. Les dedicó una sonrisa indulgente al recordar la insistencia de Roland en que se apuntara a las competiciones tenísticas de su club en Los Ángeles.

—Eso no es para mí, Ron, no soy atlética. No me gusta participar en las competiciones.

—Preferirías quedarte sentada todo el día en casa, escribiendo esos versos que guardas bajo llave y no dejas ver a nadie. Por el amor de Dios, Arden, no tienes que jugar bien, no me importa si sabes jugar al tenis o no; pero es bueno para mi imagen profesional, por no hablar de los valiosos contactos que podrías conseguir si fueras un miembro activo del club. Relaciónate con las mujeres de los otros médicos.

Se había conformado con que jugara al *bridge*. Nunca había jugado demasiado bien, pero al menos había sido lo bastante buena para que la invitaran a las competiciones que organizaba el club de campo; aquello había satisfecho las exigencias de Ron de que tratara con las mujeres que él consideraba las amigas adecuadas para la esposa de un médico importante.

Entonces había llegado Joey, y le había dado una excusa creíble para interrumpir sus actividades sociales; Joey le había proporcionado excusas para muchas cosas,

algunas de las cuales prefería olvidar. ¿Habría entendido su hijo, su adorable, dolorosamente dulce e inocente hijo, la crucial decisión que había tomado? ¿Habría perdonado lo que ella no podía perdonarse?

Había suplicado su perdón el día en que aquel ataúd desoladoramente menudo era introducido en la pequeña tumba. También había pedido el perdón de Dios, por la amargura que sentía al ver cómo un hermoso e inteligente niño se apagaba en la cama de un hospital mientras otros, fuertes y sanos, jugaban, corrían y hacían travesuras.

Arden se obligó a dejar de lado sus dolorosos recuerdos, tomó otro trago de agua y se felicitó mentalmente por haber sabido jugar sus cartas con Drew McCasslin. Era del dominio público que, desde que se había retirado a su celosamente protegida casa en la isla, el hombre evitaba las entrevistas y rehuía cualquier clase de publicidad.

Arden había pensado durante días en la forma de acercarse a él; durante el largo viaje en avión, e incluso después de su llegada a Maui, había ido descartando un plan tras otro. Lo único productivo que había hecho había sido conseguir una habitación en el club donde él entrenaba a diario. La dirección del centro le había garantizado una privacidad total, y aquél era el primer día que no accedía a los vestuarios por la puerta metálica que daba directamente a las pistas.

No le había quedado otra opción que actuar con sutileza, dejarse ver y esperar a ver lo que pasaba. Fingiría ignorarlo, ya que no era difícil darse cuenta de que sus admiradoras más descaradas lo irritaban.

Ese día se había fijado en ella, lo sabía de forma instintiva. Ella había aparentado un desinterés despreocupado, pero había sido consciente de cada movimiento del hombre. Él había mirado en su dirección varias veces, sobre todo después de realizar algún golpe especialmente bueno, pero nunca la había sorprendido mirándolo. Un personaje

famoso como Drew McCasslin no estaba acostumbrado a ser ignorado.

En su caso, su arrogancia estaba justificada; su cabello rubio era demasiado largo, pero combinaba a la perfección con su atractivo demoledor, y su poderoso cuerpo no mostraba los estragos de sus recientes problemas con el alcohol. Sus brazos y piernas, bronceados por el sol tropical, se movían con la precisión y la fuerza de una máquina bien engrasada, y eran la personificación de la elegancia masculina; la piel morena contrastaba con el atractivo color castaño del vello que la cubría. Su pecho era un poco más ancho que el de la mayoría de los jugadores de tenis, pero cualquiera que observara el movimiento de aquellos músculos bajo las camisetas blancas hechas a medida se vería obligado a perdonar aquel defectillo.

Era obvio que, desde la muerte de su esposa, Drew McCasslin hubiera preferido que las mujeres no se dieran cuenta de su viril atractivo, así que estaba segura de que su estrategia era la adecuada. Ese día la había mirado, quizás al día siguiente...

—Debe de tener un montón de amigos y parientes.

Arden se giró en redondo, sobresaltada por la voz masculina; consternada, se encontró de frente con la bragueta de unos pantalones cortos de color blanco. El marcado bulto que se ocultaba tras la tela sólo podía deberse a una ropa interior diminuta y apretada, o a un suspensorio; ambas posibilidades hacían que se sintiera acalorada.

Apartó los ojos de la entrepierna de Drew McCasslin y subió la vista por el largo torso, cubierto por una cazadora de nylon azul marino medio abrochada, que revelaba un pecho cobrizo cubierto de vello dorado. Su sonrisa de dientes blancos y perfectos era el sueño de cualquier dentista, y su fuerte mandíbula evidenciaba un carácter testarudo; los ojos azules eran tan deslumbrantes como se decía.

—¿Disculpe? —preguntó, con la esperanza de que su voz no dejara entrever el abrumador nerviosismo que sentía.

—Está ocupada escribiendo en un montón de papeles, y pensé que serían postales; «ojalá estuvieras aquí», y cosas así.

Su voz límpida, con un tono de verdadero barítono y sin acento, resultaba extrañamente íntima. Arden recordó que debía actuar con fingida indiferencia, y dijo con una sonrisa:

—No, nada de postales; en casa no hay nadie que pueda echarme de menos.

—Entonces, a nadie le importará que me sienta con usted.

—Quizás me importe a mí.

—¿De veras?

Arden no se atrevió a mostrar su euforia; tras un segundo, dijo:

—No, la verdad es que no.

Él dejó caer su bolsa de deporte bajo la silla enfrente suyo, y se sentó; alargó una mano por encima de la mesa cubierta de papeles, y se presentó:

—Soy Drew McCasslin.

Ella tomó la mano, y contestó:

—Arden Gentry.

¡Lo estaba tocando! Arden miró sus manos unidas, la piel del hombre contra la suya, y se maravilló de lo asombroso que era que aquél fuera su primer contacto, teniendo en cuenta que...

—¿Está aquí de vacaciones? —preguntó él con amabilidad.

Ella soltó su mano y se recostó en la silla, intentando sobreponerse a una súbita sensación vertiginosa.

—En parte. Es una mezcla de negocios y placer.

Drew hizo un gesto hacia el camarero que estaba tras la barra del bar al aire libre.

–¿Quiere otro? –preguntó, señalando el vaso de Arden.

–Esta vez tomaré un zumo de piña –contestó ella con una sonrisa.

–Está claro que no es de por aquí; aún no ha tenido tiempo de aborrecer esa bebida.

Arden deseó que él no fuera tan atractivo al sonreír; su flagrante atractivo sexual la distraía de la razón principal por la que había querido conocerlo, ganarse su confianza y, de ser posible, llegar a ser su amiga.

–La señora quiere un zumo de piña, y yo quiero unos cuatro vasos de agua, por favor –le dijo al camarero.

–Sí, señor McCasslin. Hoy ha jugado bien.

–Gracias. Apresúrese con el agua, estoy deshidratado.

–Sí, señor.

–Es cierto que ha jugado bien –dijo Arden cuando el camarero se apresuró a ir a buscar lo que Drew había podido.

Él la miró por unos segundos antes de decir:

–Pensaba que ni siquiera se había dado cuenta del partido.

–Tendría que haber sido ciega y sorda para no darme cuenta; no sé mucho de tenis, pero está claro que está jugando mejor que hace un par de meses.

–Entonces, ¿sabía quién era yo?

–Sí, lo he visto por televisión una o dos veces.

Él pareció decepcionarse como un chiquillo, y la sonrisa de Arden se ensanchó. Con tono tranquilizador, susurró:

–Es usted toda una celebridad, señor McCasslin; su nombre es conocido en el mundo entero.

–Pero la mayoría de la gente no tiene ningún problema en mirarme directamente cuando aparezco en público dijo él, en un desafío velado.

–¿Como sus admiradoras de ahí abajo?

Arden señaló con la cabeza hacia la parte exterior de la valla, donde se habían congregado las seguidoras de Drew; al parecer, ya se habían dispersado. Él dijo con un gemido:

—¿Puede creer que empecé a entrenar aquí porque me prometieron que disfrutaría de privacidad y anonimato? Y porque es la mejor cancha de Maui, claro. Pero no tuvimos en cuenta que los clientes del centro de vacaciones también tienen acceso a las pistas, y cuando se corre la voz de que estoy entrenando... —suspiró con exasperación—, bueno, ya ve lo que pasa.

—La mayoría de los hombres se sentirían halagados ante tal adoración.

Él hizo una mueca sarcástica y se apresuró a cambiar de tema.

—En fin, ¿qué es todo esto? —dijo, señalando los papeles esparcidos por la mesa.

—Son notas; soy una escritora independiente.

Él se echó atrás inmediatamente de forma visible, aunque no se movió; sus ojos se volvieron fríos e implacables, y la sensual curva de sus labios se convirtió en una fina línea indignada. Sus dedos se tensaron con furia alrededor del vaso de agua que el camarero acababa de servirle.

—Ya veo —dijo con voz cortante.

Ella bajó la mirada y tomó la servilleta de papel que había debajo de su vaso de zumo.

—Creo que no. No soy una periodista, sino una escritora, y no busco una entrevista. Fue usted el que inició esta conversación, señor McCaslin, no yo.

Al ver que él no contestaba, Arden levantó sus largas y oscuras pestañas y lo miró; la postura del hombre no había cambiado, seguía sonriendo ligeramente, aunque con cierta cautela, igual que ella.

—Por favor, llámame Drew.

Él había establecido las condiciones de la tregua, y ella las aceptó.